



Si decía la Bruyère que en el mundo no hay exceso más noble que el de la gratitud, yo estoy aquí para confirmarlo, tan grande es la deuda que tengo contraída con ustedes. Si no fuera impertinente les preguntaría por qué me han escogido a mí. Es verdad que he trabajado en y por mis Islas, pero ¿habré sido yo sólo? Aquí tuve siempre un rincón de paz y la sonrisa delicada de mis amigos. Procuraba venir y me costaba desarraigarme. Llegaba al aeropuerto y al pie del avión estaban esperándome, ¿cuántas veces? Yo les daba lo único que poseo: mis ilusiones para trabajar y ese amor entrañables por su –y mía- lengua. De ahí nacieron los tributos que les iba trayendo cada año, como el pegujalero que arranca los frutos dadivosos de la cosecha. Un día, me dijeron: “Hace cuarenta años que publicó “El español de Tenerife”. Tuve en sobresalto y miré la portada del libro: sí, cuarenta años. Y mi vida no es sino ir contando por hitos que mi devoción iba disponiendo: la s herreña, las modalidades de La Graciosa. Los niveles en Las Palmas y el Atlas. Recorrí todas las Islas y en todas encontré gentes que me querían. Llegué a Garafía en busca de la s sonora. No la encontraba: el conductor se atribulaba. ¿tampoco aquí? No se preocupe: tanto vale el sí que el no. Aquel hombre me miraba atónito. Yo le decía: está bien, ya voy sabiendo cosas. Y el informante que encontré en mi camino, era bueno como el buen pan. Desconsolado, me miraba con asombro y contestaba con precisión al interrogatorio. En la vida, se había quedado solo, y describió que en su habla tenía el mejor acompañamiento: no se cansaba, la tristeza se le borraba. Me contaba su vida, que era un manojuelo de recuerdos que apenas susurraba: sí, era cuando la guerra de Marruecos. El capitán me dijo: “Si vienen los moros te tragas el parte”. Vinieron los moros y me tragué el parte. Nadando me quedé ciego. Me recogieron nuestros soldados y el General Primo de Rivera me dijo: “Muchacho, pide lo que quieras”. Yo le dije que me hiciera farero en Barlovento, pero claro, que si moros, que si soldados, que si batallas, debió olvidársele y yo nunca pude retirarme. Unos años más tarde vine a las Islas con mi mujer: busqué la taberna, subí al piso alto, pero Manuel había muerto dos semanas antes. Yo había salvado un fragmento de lengua que, de otro modo, habría desaparecido. Fui aprendiendo todo.-¿todo?, imposible- lo que yo hubiera querido salvar para traérselo hoy hasta estas solemnidades. Pero no sé: ustedes me han salvado, como aquellas mujeres de uno de los diez pagos de Garafía. El día era luminoso y el sol tibio entraba en aquel cuarto donde las mujeres trabajaban. Les hizo gracia mi presencia de estornino sorprendido: elaboraban queso y reían en voz alta. ¿Sería cierto lo que decía? La s sonora me saldría al encuentro: [Kezo]. Pero allí no había restos. Claro, como soy godo, no me dicen lo que busco: “Godo, míjolo, si habla más canario que nosotros”. Aquella mañana me graduaron en la única ciencia que buscaba. Acaso esas mujerucas de vestidos negros y cordial sonrisa, se enteraron de las muchas preocupaciones que yo tenía y se vinieron a verlos:”¿Por qué no hacen académico al godo aquel que se llamaba Alvar?” Quitásteis el sambenito por vez segunda, y me llamaron. Estoy aquí para darles las gracias y para decirles que me hice vuestro. Un día, y otro y otro, trabajaba con los canarios de la Luisiana, como siempre, la generosidad vertida. No me dejaban marchar y allí, doscientos años más tarde, mis amigos Irvin y Alfred abrían las puertas de las puertas de la hospitalidad: hoy comeremos potajito de berros y churros de pescado. Allí tan miles de kilómetros andados y tan siglos vertidos, yo, yo anotaba palabras y palabras, hasta que se hizo un libro. Resulta que se había consumado mi vocación: desde mis andanzas por Tenerife hasta aquel refugio en tierras extrañas de canarios perseverantes y fieles.



## Academia Canaria de la Lengua

Mi alma se fue llenando de vuestras dedicaciones. Ya no era extraño entre ustedes. A mis hijos los alistaban en Las Palmas. En el yerro administrativo había un oculto deseo. Yo estaba poniendo la primera piedra de la Universidad de Las Palmas. ¿Diría que todo eran símbolos descubiertos? Pero la vida es artera y mis amigos me dejaban tras el negro telón. Aquí estoy yo porque han venido otras generaciones, como la de aquel Ramón Trujillo que me llevaba a Artenara y me cuidaba para que yo no me despeñase. Sí, todo ha cambiado mucho, pero yo viví días tan disonantes como los que ahora paso. Me encuentro en este salón y me encuentro apoquinado. ¿Soy yo el mismo? Es posible que no lo sea, pero miro a mi alrededor y Ramón Trujillo sigue siendo el mismo, tan cariñoso, y delicado. Y Yolanda Arencibia, mi “informante”, de veintitantos años, hoy es la misma: bonita y delicada. Acaso las Islas guardan el misterio de la eterna juventud. Y los nuevos amigos, tan jóvenes. ¿Dónde la fuente que mana y corre? Porque también yo quisiera ser como mis amigos insulares. Y me doy cuenta que me he ido por los Cerros de Úbeda. Quisiera volver aunque no pueda decir sino unas pocas palabras más.

Debiera hablar de la lengua de mis Islas, pero todo lo que he dicho hasta ahora, por muy anécdotas ocasionales que sean, no son otra cosa que palabras y más palabras de tantas veredas como he ido pisando. Acabo de citar a Ramón Trujillo: él dará fe de mi fidelidad cuando recogí el habla de las Islas y que le pareció poco ser mi padrino en la Universidad de La Laguna y ha firmado las cartas para que yo venga hasta aquí. Y el padre Alfonso, mesurado y de lento hablar, que frenaba siempre mis ímpetus, y Yolanda que un día salió de su Isla y encontró la fuente de la eterna juventud, y Chano Sosa con quien viví una de las más trabajosas historias de mi vida: nos íbamos a Taganana y Chano pidió permiso a don Elías Serra, su decano. El sabio le dijo, tráigame unas fotos del retablo. Chano y yo desmontamos el retablo, lo retratamos por delante y por detrás y se los trajimos al Decano. No, si lo que les había dicho es que era muy hermosa el retablo, no que lo retrataran.

Me doy cuenta que he hablado mucho y de cosas que sólo a mí importan y que sólo a mí me valen. Pero ustedes han hecho el prodigio (¿será también de la eterna juventud?). He rejuvenecido más de cuarenta años y estoy con mis amigos entrañables y en una Institución a la que quisiera honrar con mi saber ( que no es mucho) y con mis ilusiones ( que siguen siendo muy grandes. Dispongan de mí cuanto crean que soy útil, pero, por favor, apresúrense, porque la vida se acorta y ya van mustiántose las hojas del calendario.

Estamos en una Academia de la Lengua y yo soy vuestro servidor. Esto de poco vale, pero déjenme unos minutillos más. Si Cervantes es siempre buena compañía, su presencia en esta ocasión deja de ser un recuerdo evocador y se convierte en realidad palpable. En el Quijote se lee esta sabia sentencia: “ No puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido”. Tal es todo lo que debiera decir en este momento y silenciar el resto, pero podría parecer descortesía lo que es un asomo de timidez. Y ya que en buena compañía me amparo, no olvidaré que la “estrechez y cortedad, en cierto modo la suple el agradecimiento”; no usaré, pues, “ extremos viciosos” que pudieran parecer “ zalemas a uso de moros”.



## Academia Canaria de la Lengua

Estoy aquí para responder con mi gratitud a un alto honor recibido. Lo que es motivo de grande responsabilidad. No puedo ocultar que la decisión del jurado pudiera tener, en esta ocasión, algunos sinónimos desusados en el campo semántico de la palabra: los llamaría benevolencia, generosidad o liberalidad. Demasiado para quien tiene que reconocer una deuda. Conste públicamente lo que debo y la conciencia de lo que no son méritos propios: más no sé decir, y, menos, no debo.

Manuel Alvar